fineduca
Revista de Financiamento da Educação

ISSN: 2236-5907

Sección Temática: Economía de la Educación: contribuciones y límites

Volume 16 - 2026 | n. 30

La Economía de la Educación: origen, desarrollos y retos contemporáneos

Álvaro Choi[I]

[I]Universitat de Barcelona (UB), Barcelona/Cataluña – España

Resumen

La Economía de la Educación es un ámbito de la ciencia económica que aplica marcos teóricos y herramientas empíricas al análisis de los fenómenos educativos. Al concebir la educación como una inversión realizada bajo condiciones de escasez, permite comprender las decisiones educativas individuales, los resultados en el mercado de trabajo y el papel de la educación en el crecimiento económico y la cohesión social. Desde su consolidación en la segunda mitad del siglo XX, el campo ha experimentado una notable expansión, impulsada por avances metodológicos, nuevas fuentes de datos y profundas transformaciones socioeconómicas. La investigación actual trasciende la Teoría del Capital Humano e incorpora el estudio de las desigualdades educativas, la movilidad intergeneracional, el cambio tecnológico y la evaluación de políticas públicas. Este artículo revisa los fundamentos de la Economía de la Educación, analiza su evolución teórica y examina desarrollos recientes que subrayan su relevancia para los retos educativos contemporáneos.

Palabras clave: **Economía. Educación. Eficiencia. Equidad. Interdisciplinariedad.**

The Economics of Education: origin, developments, and contemporary challenges

Abstract

The Economics of Education is a field of economic science that applies theoretical frameworks and empirical tools to the analysis of educational phenomena. By conceiving education as an investment made under conditions of scarcity, it allows for understanding individual educational decisions, labor market outcomes, and the role of education in economic growth and social cohesion. Since its consolidation in the second half of the 20th century, the field has experienced remarkable expansion, driven by methodological advances, new data sources, and profound socioeconomic transformations. Current research transcends Human Capital Theory and incorporates the study of educational inequalities, intergenerational mobility, technological change, and public policy evaluation. This article reviews the foundations of the Economics of Education, analyzes its theoretical evolution, and examines recent developments that underscore its relevance to contemporary educational challenges.

Keywords: **Economics. Education. Efficiency. Equity. Interdisciplinarity.**

A Economia da Educação: origem, desenvolvimentos e desafios contemporâneos

Resumo

A Economia da Educação é um âmbito da ciência econômica que aplica marcos teóricos e ferramentas empíricas à análise dos fenômenos educativos. Ao conceber a educação como

um investimento realizado sob condições de escassez, permite compreender as decisões educativas individuais, os resultados no mercado de trabalho e o papel da educação no crescimento econômico e na coesão social. Desde sua consolidação na segunda metade do século XX, o campo experimentou uma notável expansão, impulsionada por avanços metodológicos, novas fontes de dados e profundas transformações socioeconômicas. A pesquisa atual transcende a Teoria do Capital Humano e incorpora o estudo das desigualdades educativas, a mobilidade intergeracional, a mudança tecnológica e a avaliação de políticas públicas. Este artigo revisa os fundamentos da Economia da Educação, analisa sua evolução teórica e examina desenvolvimentos recentes que sublinham sua relevância para os desafios educativos contemporâneos.

Palavras-chave: **Economia. Educação. Eficiência. Equidade. Interdisciplinaridade.**

Introducción

La Economía de la Educación es una rama de la ciencia económica que estudia los procesos educativos utilizando los marcos analíticos, los supuestos de comportamiento y las herramientas metodológicas propias de la economía. Su objeto de análisis abarca las decisiones educativas de individuos y familias, la organización y financiación de los sistemas educativos, y las consecuencias de la educación sobre resultados económicos y sociales. Desde esta perspectiva, la educación se concibe no solo como un bien con valor intrínseco, sino también como una inversión realizada bajo condiciones de escasez, cuyos beneficios y costes se distribuyen a lo largo del ciclo vital.

La relevancia de la Economía de la Educación reside en su capacidad para vincular el funcionamiento de los sistemas educativos con fenómenos económicos y sociales de amplio alcance. A nivel microeconómico, la educación influye en los salarios, la empleabilidad, la estabilidad laboral y otros resultados individuales, mientras que, a nivel macroeconómico, desempeña un papel clave en la productividad, el crecimiento económico y la innovación (Hanushek; Woessmann, 2012). Asimismo, la educación constituye un mecanismo central en la transmisión intergeneracional de ventajas y desventajas, situándose en el núcleo de los debates contemporáneos sobre igualdad de oportunidades y movilidad social (Blanden, 2013; Alesina et al., 2021).

Aunque autores clásicos como Adam Smith ya reconocían la importancia de las habilidades y la formación para el sistema productivo, la Economía de la Educación como disciplina autónoma se consolida a finales de la década de 1950, cuando se formaliza la idea de la educación como capital susceptible de inversión. Desde entonces, el campo ha experimentado una expansión sostenida. Machin (2008) documentó el crecimiento del número de contribuciones en revistas económicas de referencia, tendencia que se ha intensificado durante las primeras décadas del siglo XXI. Este crecimiento ha sido tanto cuantitativo como cualitativo, reflejándose en una notable diversificación temática.

Una de las características distintivas de la evolución reciente del campo es la ampliación de su foco analítico más allá de la relación entre educación y salarios. La investigación contemporánea incorpora de forma sistemática el análisis de la equidad y de las desigualdades educativas, tanto en el acceso como en los procesos y resultados educativos. La evidencia empírica muestra que los sistemas educativos pueden contribuir a mitigar o, por

el contrario, a aumentar las desigualdades sociales, dependiendo de su diseño institucional y de las políticas públicas implementadas (Carnoy, 2020).

Paralelamente, la Economía de la Educación ha reforzado su orientación hacia la evaluación de políticas públicas. En contextos de restricciones presupuestarias y demandas crecientes sobre los sistemas educativos, resulta esencial identificar qué intervenciones son efectivas y en qué condiciones. El desarrollo y la aplicación de métodos cuasi-experimentales han permitido avanzar desde el análisis de asociaciones hacia la estimación de efectos causales, fortaleciendo la base empírica para la toma de decisiones en política educativa (Schlotter; Schwerdt; Woessmann, 2011).

Finalmente, la complejidad de los fenómenos educativos ha intensificado el diálogo entre la Economía de la Educación y otras disciplinas. La sociología, la psicología, las ciencias de la educación, la ciencia política o la salud pública aportan perspectivas complementarias que enriquecen el análisis económico. Esta interacción interdisciplinar no diluye la especificidad del enfoque económico, sino que refuerza su capacidad para explicar fenómenos complejos y formular recomendaciones basadas en evidencia.

El resto del capítulo se estructura de la siguiente manera. La sección 2 examina la evolución del marco del capital humano y las principales críticas y extensiones teóricas que han surgido más allá de este enfoque. La sección 3 revisa los desarrollos recientes de la Economía de la Educación, con especial atención a nuevas áreas de investigación y avances metodológicos. Finalmente, la sección 4 presenta las conclusiones y reflexiona sobre los retos futuros y el carácter interdisciplinar del campo.

Más allá de la Teoría del Capital Humano

La consideración de la educación como una inversión constituye el núcleo de la Economía de la Educación. Esta idea fue formalizada a finales de los años cincuenta y principios de los sesenta del siglo XX mediante la Teoría del Capital Humano, desarrollada fundamentalmente por Mincer (1958), Schultz (1961) y Becker (1964). Según esta teoría, el capital humano es un factor productivo y la educación formal representa el principal mecanismo para su acumulación. La relación positiva observada entre educación y salarios se explicaría por el aumento de la productividad derivado de mayores niveles de formación.

Desde esta perspectiva, los individuos y las familias toman decisiones educativas comparando los costes presentes de la inversión con los beneficios futuros esperados. Entre los costes se incluyen tanto los directos -como las tasas académicas o los materiales educativos- como los indirectos, especialmente el coste de oportunidad del tiempo dedicado a estudiar en lugar de trabajar. Los beneficios se materializan principalmente en forma de mayores ingresos laborales a lo largo de la vida activa. En su formulación básica, la Teoría del Capital Humano asume que los individuos son racionales, disponen de información completa sobre los rendimientos de la educación y operan en mercados de trabajo competitivos en los que los salarios reflejan fielmente la productividad marginal.

La potencia explicativa de este enfoque ha convertido a la Teoría del Capital Humano en la piedra angular de la Economía de la Educación. Sin embargo, su capacidad para describir la realidad depende del cumplimiento de supuestos restrictivos que han sido ampliamente cuestionados. Entre las principales críticas se encuentran la identificación directa entre salarios y productividad, la homogeneidad de la calidad educativa, la ausencia de

restricciones financieras y el papel marginal otorgado a factores institucionales y sociales. Además, el enfoque tradicional tiende a subestimar tanto los rendimientos no monetarios de la educación como las externalidades positivas que ésta genera para la sociedad (Tan, 2014).

Estas limitaciones dieron lugar, desde etapas tempranas, al desarrollo de teorías alternativas que, manteniendo algunos elementos del individualismo metodológico neoclásico, cuestionan el mecanismo causal propuesto entre educación y productividad. Entre ellas destacan las teorías de la señalización y de la competencia por los puestos de trabajo. Ambas aceptan que existe una relación empírica robusta entre educación y salarios, pero difieren en la interpretación del papel que desempeña la educación en dicha relación.

La teoría de la señalización sostiene que la función principal del sistema educativo es revelar información sobre habilidades innatas o características productivas difíciles de observar por parte de los empleadores. En este enfoque, desarrollado por autores como Arrow (1973) y Spence (1973), la educación actúa como un mecanismo de filtrado socialmente aceptado que permite ordenar a los individuos según su capacidad. Los retornos salariales asociados a mayores niveles educativos no reflejan necesariamente un aumento de la productividad, sino la capacidad de los individuos para superar determinados umbrales educativos. La educación, por tanto, cumple una función informacional más que formativa.

Por su parte, la teoría de la competencia por los empleos plantea que la mayoría de las habilidades relevantes para el desempeño laboral se adquieren en el propio puesto de trabajo mediante procesos de formación específicos. En este contexto, los individuos compiten por puestos de trabajo, no por salarios, y la educación funciona como un criterio de ordenación que permite a las empresas seleccionar a aquellos trabajadores con menores costes de formación (Thurow, 1972). A diferencia de la teoría de la señalización, en este enfoque la productividad, los salarios y la formación están asociados al puesto de trabajo y no al individuo, lo que ayuda a explicar por qué la distribución de la educación es más homogénea que la distribución de los ingresos.

La evidencia empírica sugiere que ninguno de estos enfoques es excluyente. Estudios comparativos han mostrado que la importancia relativa del capital humano y de la señalización varía considerablemente entre países y contextos institucionales. En economías con mercados de trabajo fuertemente regulados o con sistemas educativos muy estandarizados, la función señalizadora de la educación tiende a ser más relevante, mientras que en contextos con mayor flexibilidad laboral y diferenciación de competencias, el componente de capital humano adquiere mayor peso (Calero; Choi, 2017).

Más allá de estas críticas internas al marco neoclásico, han surgido enfoques alternativos que cuestionan de forma más profunda los supuestos de la Teoría del Capital Humano. Las aproximaciones institucionalistas ponen el acento en el papel de las normas y reglas que estructuran los mercados de trabajo. Desde esta perspectiva, los salarios y las trayectorias laborales no se determinan exclusivamente por la productividad individual, sino por instituciones como la negociación colectiva, los sistemas de promoción interna o la segmentación del mercado laboral (Doeringer; Piore, 1971; Reich; Gordon; Edwards, 1973).

En este marco, la educación desempeña un papel relevante en las fases iniciales de acceso al empleo, pero su influencia sobre los salarios posteriores es limitada, ya que estos dependen en gran medida de la antigüedad, la pertenencia a determinados segmentos del mercado laboral y las reglas institucionales vigentes. La teoría de los mercados internos de

trabajo y la teoría del mercado laboral dual ilustran cómo la segmentación entre un sector primario y uno secundario restringe la capacidad de la educación para reducir las desigualdades económicas si no se acompaña de políticas públicas complementarias.

Las aproximaciones radicales, por su parte, analizan la relación entre educación y trabajo desde la óptica del conflicto y la reproducción social. Autores como Bowles y Gintis (1975) argumentan que el sistema educativo cumple una doble función: por un lado, proporciona al sistema productivo la fuerza de trabajo cualificada y disciplinada que necesita; por otro, legitima y reproduce las desigualdades sociales existentes. Desde este enfoque, la educación contribuye a determinar la posición de los individuos dentro del sistema productivo y a reproducir las jerarquías sociales, más allá de sus efectos sobre la productividad.

A pesar de la diversidad de enfoques teóricos, existe un consenso empírico amplio en torno a la existencia de una relación positiva entre educación e ingresos laborales. Esta regularidad se mantiene incluso cuando se corrige por problemas de endogeneidad asociados a la habilidad, el origen social o características no observadas de los individuos (Psacharopoulos; Patrinos, 2018; Chen; Jiang; Zhou, 2020). La literatura reciente ha ampliado el análisis de los rendimientos de la educación más allá de los promedios, explorando su heterogeneidad por nivel educativo, género, grupo étnico y posición en la distribución salarial. Asimismo, se ha observado un cambio en el patrón de rendimientos, con un aumento relativo de los beneficios asociados a la educación superior en numerosos países, lo que sugiere una expansión de la demanda de trabajadores altamente cualificados (Patrinos, 2019).

Además de los rendimientos monetarios, la Economía de la Educación ha documentado de forma consistente la existencia de rendimientos no monetarios privados y sociales. A nivel individual, mayores niveles educativos se asocian con mejores resultados en salud, mayor bienestar subjetivo y una participación cívica más intensa (Conti; Heckman; Urzua, 2010; Dee, 2004; Lochner, 2020). A nivel social, la educación contribuye a reducir la criminalidad y a fortalecer la cohesión social.

Desde una perspectiva macroeconómica, la acumulación de capital humano ha sido vinculada al crecimiento económico y a la capacidad innovadora de las economías. Mientras que los modelos neoclásicos consideran la educación como un factor que permite alcanzar niveles más elevados de renta en el estado estacionario, los modelos de crecimiento endógeno destacan su papel en la generación de conocimiento, innovación y externalidades positivas (Romer, 1986; Lucas, 1993).

En conjunto, el debate teórico en torno a la educación ha evolucionado desde una visión centrada exclusivamente en el capital humano y su relación con el mercado laboral hacia un enfoque más amplio e integrador. Este reconoce la coexistencia de múltiples mecanismos -productivos, informacionales, institucionales y sociales- a través de los cuales la educación influye en los resultados económicos y sociales, sentando las bases para los desarrollos recientes de la Economía de la Educación analizados en la sección siguiente.

Desarrollos Recientes

Desde comienzos del siglo XXI, la Economía de la Educación ha experimentado una expansión sustantiva tanto en su alcance temático como en su sofisticación metodológica. Este proceso ha estado impulsado por tres factores principales: la disponibilidad de datos más ricos y detallados, el desarrollo de técnicas econométricas orientadas a la identificación causal

y la aparición de nuevos retos educativos asociados a transformaciones tecnológicas, demográficas y sociales. Como resultado, el campo ha pasado de centrarse predominantemente en relaciones promedio a analizar con mayor precisión los mecanismos subyacentes a los resultados educativos y su heterogeneidad entre individuos y contextos.

Uno de los avances más relevantes ha sido el fortalecimiento del análisis de la función de producción educativa, entendida como la relación entre distintos *inputs* -características individuales, familiares, escolares e institucionales- y los *outputs* educativos. La generalización de evaluaciones estandarizadas a gran escala, junto con el acceso creciente a datos administrativos longitudinales, ha permitido realizar análisis comparables entre países y cohortes. Al mismo tiempo, la complejidad de los procesos educativos ha hecho necesario el uso de metodologías capaces de abordar problemas de endogeneidad, selección y causalidad inversa. En este contexto, los diseños cuasi-experimentales se han consolidado como el estándar empírico del campo (Schlotter; Schwerdt; Woessmann, 2011).

La evidencia acumulada muestra que las características individuales influyen de manera sistemática en los resultados educativos, aunque con una notable heterogeneidad entre países. Diferencias de género en competencias cognitivas, efectos de la edad relativa dentro de la cohorte escolar o el impacto positivo de la educación preescolar sobre trayectorias educativas posteriores han sido documentados de forma robusta (Borgonovi; Choi; Paccagnella, 2021; Berlinski; Galiani; Gertler, 2009). Estos resultados han reforzado el consenso en torno a la elevada rentabilidad social de las inversiones educativas tempranas, especialmente para estudiantes procedentes de entornos socioeconómicos desfavorecidos.

Paralelamente, la Economía de la Educación ha profundizado en el análisis de las desigualdades educativas y su vínculo con la movilidad social. La fuerte asociación entre el nivel educativo de los progenitores y los logros educativos de los hijos sigue siendo uno de los hechos estilizados más sólidos del campo, si bien su intensidad varía considerablemente entre países y dentro de ellos (Blanden, 2013; Alesina et al., 2021). La investigación reciente muestra que los sistemas educativos pueden aumentar o reducir la movilidad social intergeneracional (Holmlund; Nybom, 2023). Así, los sistemas educativos con menor grado de segregación escolar y mayores mecanismos compensatorios tienden a combinar altos niveles de rendimiento medio con brechas socioeconómicas más reducidas. Esta evidencia refuerza la idea de que eficiencia y equidad no constituyen objetivos contrapuestos, sino potencialmente complementarios. (OECD, 2023)

El análisis de la movilidad social se ha visto además favorecido por la proliferación de bases de dato censales (Hossain; Beretta, 2025) y la vinculación de registros educativos con datos fiscales y laborales, lo que permite seguir trayectorias individuales a lo largo del ciclo vital (Nybom; Stuhler, 2024). Estos estudios muestran que, si bien la educación es un canal fundamental de movilidad, su capacidad para compensar desigualdades de origen es limitada cuando no se acompaña de políticas redistributivas y de mercados de trabajo inclusivos. De este modo, la Economía de la Educación ha contribuido a situar la educación dentro de un marco más amplio de políticas públicas orientadas a la igualdad de oportunidades.

Otro ámbito de expansión reciente es el estudio de las decisiones educativas y su agregación a nivel macroeconómico. Tradicionalmente, estas decisiones se analizaban desde un enfoque de elección racional basado en la comparación de costes y beneficios esperados. Sin embargo, la incorporación de elementos de la economía del comportamiento (Rees-Jones;

Shorrer, 2023; Lynch, 2024) ha permitido explicar desviaciones sistemáticas respecto a dicho modelo. Factores como expectativas sesgadas, aversión al riesgo, normas sociales o limitaciones cognitivas influyen de manera significativa en decisiones como la permanencia en el sistema educativo, la elección de itinerarios formativos o la participación en educación a lo largo de la vida (Koch; Nafziger; Nielsen, 2015). A nivel agregado, estas decisiones individuales condicionan la oferta de habilidades, la estructura productiva y las trayectorias de crecimiento económico.

La medición de habilidades ha experimentado también avances notables. Durante décadas, el análisis económico se centró casi exclusivamente en habilidades cognitivas debido a su mayor facilidad de medición. No obstante, existe un consenso creciente sobre la relevancia de las habilidades no cognitivas –como la perseverancia, la autorregulación, la capacidad de cooperación o la empatía– para explicar tanto los resultados educativos como los retornos en el mercado de trabajo (Buser; Niederle; Oosterbeek, 2020). Los desarrollos recientes en psicometría y la colaboración con la psicología y las ciencias de la educación han permitido avanzar en su medición y en el análisis de sus determinantes. La evidencia sugiere que estas habilidades son parcialmente maleables y que el entorno educativo desempeña un papel relevante en su desarrollo, ampliando así el abanico de intervenciones educativas potencialmente efectivas (Hoeschler; Balestra; Backes-Gellner, 2018).

La evaluación de la efectividad de políticas educativas constituye uno de los campos donde la Economía de la Educación ha tenido un mayor impacto aplicado. El énfasis en la evidencia causal ha favorecido la consolidación de una cultura de evaluación orientada a identificar “qué funciona” en educación. Sin embargo, la literatura reciente subraya que los efectos de las políticas son altamente dependientes del contexto institucional y social (Deaton; Cartwright, 2017). Por ello, la investigación ha evolucionado desde el análisis de efectos promedio hacia el estudio de efectos heterogéneos, prestando atención a quiénes se benefician de las políticas y en qué condiciones (Smith, 2022). Este enfoque resulta clave para evitar intervenciones que, aun siendo efectivas en promedio, amplíen las desigualdades existentes.

La tecnología y, más recientemente, la Inteligencia Artificial (IA) han adquirido un papel central en la agenda de investigación. La digitalización ha transformado tanto los procesos educativos como las herramientas disponibles para analizarlos (García-Martínez et al., 2023). Desde el uso de plataformas de aprendizaje adaptativo hasta la automatización de tareas administrativas y de evaluación, la tecnología ofrece oportunidades para mejorar la eficiencia y personalizar la enseñanza. Al mismo tiempo, plantea desafíos en términos de brecha digital y equidad.

La IA abre además nuevas posibilidades analíticas, al permitir el uso de grandes volúmenes de datos para identificar patrones de riesgo educativo o predecir trayectorias académicas. Desde una perspectiva económica, evaluar estos desarrollos requiere considerar tanto los efectos microeconómicos sobre el aprendizaje como las implicaciones macroeconómicas sobre la demanda de habilidades y la distribución del ingreso. En este sentido, la Economía de la Educación se sitúa en una posición privilegiada para evaluar de manera rigurosa el impacto educativo y distributivo de estas innovaciones tecnológicas.

La pandemia de COVID-19 puso de relieve la vulnerabilidad de los sistemas educativos ante choques exógenos y aceleró procesos de digitalización ya en marcha, intensificando el

interés por evaluar sus efectos sobre el aprendizaje y las desigualdades (Bacher-Hicks; Goodman; Mulhern, 2021; König; Frey, 2022). Superada dicha crisis, el foco actual de la investigación se ha desplazado hacia el análisis estructural de estos cambios y sus consecuencias a medio y largo plazo (Werner; Woessmann, 2023).

Finalmente, en las últimas décadas, la Economía de la Educación ha venido ampliando progresivamente el conjunto de *inputs* considerados en la función de producción educativa, que habitualmente se limita a variables observables a nivel individual o familiar. Un desarrollo que se sitúa en la frontera del conocimiento es la incorporación de factores genéticos y, cada vez con mayor atención, de mecanismos epigenéticos que operan en las primeras etapas de la vida para influir en las trayectorias educativas. La literatura más reciente en economía integrada con genética demuestra que las diferencias en los resultados educativos observadas entre individuos no pueden explicarse únicamente por condiciones ambientales y socioeconómicas, sino que también reflejan variación genética compleja que se puede resumir en puntuaciones poligénicas para la obtención educativa y que aportan información predictiva adicional a los modelos tradicionales de capital humano (Rustichini et al., 2023). Por otro lado, investigaciones en neurociencia cognitiva han evidenciado que estas puntuaciones genéticas se asocian de forma independiente con medidas de estructura cerebral y con habilidades cognitivas que median el rendimiento académico, incluso después de controlar por factores socioeconómicos familiares (Merz et al., 2022). Todo ello reconfigura los límites de la función de producción educativa, mostrando que no sólo la herencia genética per se, sino también la forma en que el entorno moldea la expresión genética, puede ser un *input* relevante en la explicación de desigualdades educativas. Esta perspectiva pone de nuevo de manifiesto la necesidad de colaboración interdisciplinaria**.**

En síntesis, los desarrollos recientes muestran una Economía de la Educación más amplia, más rigurosa y conectada con los grandes retos sociales. La combinación de nuevas fuentes de datos, métodos avanzados y una agenda de investigación orientada a la equidad y la eficiencia refuerza su capacidad para informar el diseño de políticas educativas basadas en evidencia.

Conclusiones

Este capítulo ha ofrecido una panorámica actualizada de la Economía de la Educación como campo de análisis dentro de la ciencia económica, poniendo de relieve tanto la vigencia de sus fundamentos teóricos como la amplitud de sus desarrollos recientes. A lo largo del texto se ha mostrado cómo la concepción de la educación como inversión, formalizada inicialmente por la Teoría del Capital Humano, continúa siendo un pilar esencial para comprender las decisiones educativas individuales y el papel de la educación en el desarrollo económico. Sin embargo, también se ha evidenciado que dicho marco resulta insuficiente para capturar la complejidad de los sistemas educativos contemporáneos si no se complementa con enfoques alternativos y extensiones teóricas.

Las críticas y desarrollos más allá del capital humano han contribuido de forma decisiva a enriquecer el análisis económico de la educación. Las teorías de la señalización y de la competencia por los puestos de trabajo han permitido comprender mejor por qué la educación se asocia de manera tan robusta con los salarios, incluso en contextos donde su impacto directo sobre la productividad puede ser limitado. Por su parte, los enfoques institucionalistas

y las aproximaciones críticas han subrayado el papel central de las instituciones y de las relaciones de poder para la determinación de los resultados educativos y laborales. En conjunto, estas contribuciones han ampliado el marco analítico, mostrando que la educación actúa simultáneamente como generadora de habilidades, mecanismo de selección, institución social y elemento clave en la reproducción -o mitigación- de las desigualdades.

Uno de los avances más significativos de la Economía de la Educación en las últimas décadas ha sido el énfasis creciente en la evaluación rigurosa de políticas educativas. El desplazamiento desde el análisis de correlaciones hacia la identificación de relaciones causales ha fortalecido la capacidad del campo para ofrecer recomendaciones basadas en evidencia. El uso de métodos cuasi-experimentales, datos administrativos y diseños longitudinales ha permitido estimar con mayor precisión los efectos de políticas relacionadas con la organización escolar, la asignación de recursos, la calidad docente o los programas de apoyo a estudiantes en desventaja. Al mismo tiempo, la evidencia acumulada ha puesto de manifiesto que los efectos de las políticas son altamente heterogéneos y dependientes del contexto, lo que refuerza la necesidad de evitar soluciones universales y de adaptar las intervenciones a realidades institucionales y sociales específicas.

Los desarrollos recientes revisados en este capítulo muestran una clara ampliación del objeto de estudio de la Economía de la Educación. El análisis de las desigualdades educativas y la movilidad social se ha consolidado como una línea central de investigación, evidenciando que la educación puede actuar tanto como motor de igualdad de oportunidades como mecanismo de reproducción de desigualdades, dependiendo del diseño del sistema educativo y de las políticas complementarias existentes. La evidencia comparada sugiere, además, que los sistemas educativos más equitativos tienden a ser también más eficientes, cuestionando la tradicional dicotomía entre eficiencia y equidad.

Asimismo, el estudio de las decisiones educativas ha evolucionado hacia enfoques que integran elementos de la economía del comportamiento, reconociendo que las elecciones reales de estudiantes y familias no siempre se ajustan a los supuestos de racionalidad plena. Factores como las expectativas sesgadas, la información imperfecta o las normas sociales influyen de manera significativa en decisiones clave a lo largo del ciclo vital educativo. Comprender estos mecanismos resulta esencial para diseñar políticas que orienten de forma eficaz las trayectorias educativas y, a nivel agregado, la estructura de habilidades de la economía.

Otro avance crucial ha sido la incorporación sistemática de las habilidades no cognitivas al análisis económico. Durante mucho tiempo, las limitaciones de medición restringieron su estudio. Sin embargo, los desarrollos recientes han mostrado que competencias como la perseverancia, la autorregulación o la capacidad de cooperación desempeñan un papel central en los resultados educativos y laborales, y que son parcialmente maleables a lo largo del ciclo vital. Este hallazgo amplía el alcance de las políticas educativas y refuerza la necesidad de enfoques integrales que vayan más allá de la transmisión de conocimientos puramente cognitivos.

La tecnología y la inteligencia artificial constituyen uno de los principales retos y oportunidades para la Economía de la Educación en el corto y medio plazo. La digitalización transforma los procesos de enseñanza-aprendizaje, redefine las habilidades demandadas en el mercado de trabajo y genera nuevas fuentes de datos para el análisis económico. Evaluar

el impacto real de estas innovaciones sobre la eficiencia y la equidad del sistema educativo es una tarea prioritaria, especialmente ante el riesgo de que las brechas digitales refuercen desigualdades preexistentes. Desde una perspectiva económica, resulta imprescindible analizar tanto los efectos microeconómicos sobre el aprendizaje como las implicaciones macroeconómicas sobre la estructura productiva y la distribución del ingreso.

Finalmente, este capítulo ha puesto de manifiesto la naturaleza intrínsecamente interdisciplinar de la Economía de la Educación. Si bien el enfoque económico aporta herramientas analíticas potentes para el estudio de los fenómenos educativos –especialmente en lo relativo a la asignación eficiente de recursos y la evaluación de políticas–, los desarrollos recientes muestran que una comprensión plena de dichos fenómenos requiere una cooperación estrecha con otras disciplinas. La sociología contribuye a explicar los mecanismos de estratificación y reproducción social; las ciencias de la educación y la psicología aportan conocimiento sobre los procesos de aprendizaje y el desarrollo de habilidades; la medicina y la salud pública permiten analizar los vínculos entre educación y salud; y la ciencia política resulta clave para entender la gobernanza y la implementación de las políticas educativas. Lejos de diluir la contribución de la economía, esta interrelación refuerza su relevancia como ciencia aplicada al análisis comprehensivo de la educación.

En suma, la Economía de la Educación se ha consolidado como uno de los campos más dinámicos de la ciencia económica. Su capacidad para integrar avances teóricos, metodológicos e interdisciplinarios la sitúa en una posición privilegiada para seguir contribuyendo al diseño de sistemas educativos más eficientes, equitativos y acordes con los desafíos de las sociedades contemporáneas.

Referencias

ALESINA, A. et al. Intergenerational mobility in Africa. **Econometrica**, v. 89, n. 1, p. 1-35, 2021.

ARROW, K. J. Higher education as a filter. **Journal of Public Economics**, v. 2, p. 193-216, 1973.

BACHER-HICKS, A.; GOODMAN, J.; MULHERN, C. Inequality in household adaptation to schooling shocks: Covid-induced online learning engagement in real time. **Journal of Public Economics**, v. 193, p. 104345, 2021.

BECKER, G. S. **Human capital**: a theoretical and empirical analysis, with special reference to education. Chicago: University of Chicago Press, 1964.

BERLINSKI, S.; GALIANI, S.; GERTLER, P. The effect of pre-primary education on primary school performance. **Journal of Public Economics**, v. 93, n. 1-2, p. 219-234, 2009.

BLANDEN, J. Cross-country rankings in intergenerational mobility: A comparison of approaches from economics and sociology. **Journal of Economic Surveys**, v. 27, n. 1, p. 38-73, 2013.

BORGONOVI, F.; CHOI, Á.; PACCAGNELLA, M. The evolution of gender gaps in numeracy and literacy between childhood and adulthood. **Economics of Education Review**, v. 82, p. 102-119, 2021.

BOWLES, S.; GINTIS, H. The problem with human capital theory: A Marxian critique. **American Economic Review**, v. 65, n. 2, p. 74-82, 1975.

BUSER, T.; NIEDERLE, M.; OOSTERBEEK, H. Can competitiveness predict education and labor market outcomes? Evidence from incentivized choice and survey measures. **Tinbergen Institute Discussion Paper**, n. TI 2020-048/I, 2020.

CALERO, J.; CHOI, Á. The distribution of skills among the European adult population and unemployment: A comparative approach. **European Journal of Education**, v. 52, n. 3, p. 348-364, 2017.

CARNOY, M. Race earnings differentials. In: BRADLEY, Steve; GREEN, Colin (Ed.). **The economics of education**. San Diego: Academic Press, 2020. p. 133-147.

CHEN, Y.; JIANG, S.; ZHOU, L. A. Estimating returns to education in urban China. **Journal of Comparative Economics**, v. 48, n. 1, p. 218-233, 2020.

CONTI, G.; HECKMAN, J.; URZUA, S. The education-health gradient. **American Economic Review**, v. 100, n. 2, p. 234-238, 2010.

DEATON, A.; CARTWRIGHT, N. Understanding and misunderstanding randomized controlled trials. **Social Science & Medicine**, v. 210, p. 2–21, 2017.

DEE, T. S. Are there civic returns to education? **Journal of Public Economics**, v. 88, n. 9–10, p. 1697-1720, 2004.

DOERINGER, P.; PIORE, M. **Internal labor markets and manpower analysis**. Lexington: D. C. Heath, 1971.

GARCÍA-MARTÍNEZ, I. et al. Analysing the impact of artificial intelligence and computational sciences on student performance: Systematic review and meta-analysis. **Journal of New Approaches in Educational Research**, v. 12, n. 1, p. 171-197, 2023.

HANUSHEK, E. A.; WOESSMANN, L. Do better schools lead to more growth? Cognitive skills, economic outcomes, and causation. **Journal of Economic Growth**, v. 17, n. 4, p. 267-321, 2012.

HOESCHLER, P.; BALESTRA, S.; BACKES-GELLNER, U. The development of non-cognitive skills in adolescence. **Economics Letters**, v. 163, p. 40–45, 2018.

HOLMLUND, H.; NYBOM, M. Education and social mobility. **Working Paper**, n. 2023:18, 2023.

HOSSAIN, M.; BERETTA, M. Intergenerational educational mobility during the twentieth century. **Population and Development Review**, v. 51, n. 3, p. 1239-1263, 2025.

KOCH, A.; NAFZIGER, J.; NIELSEN, H. S. Behavioral economics of education. **Journal of Economic Behavior & Organization**, v. 115, p. 3-17, 2015.

KÖNIG, C.; FREY, A. The impact of COVID-19-related school closures on student achievement: A meta-analysis. **Educational Measurement: Issues and Practice**, v. 41, n. 1, p. 16-22, 2022.

LOCHNER, L. Education and crime. In: BRADLEY, Steve; GREEN, Colin (Ed.). **The economics of education**. San Diego: Academic Press, 2020. p. 109-117.

LUCAS, R. E. Making a miracle. **Econometrica**, v. 61, n. 2, p. 251-272, 1993.

LYNCH, K. The application of behavioral economics to teacher professional development. **Educational Researcher**, v. 53, n. 9, p. 508-520, 2024.

MACHIN, S. The new economics of education. **Journal of Population Economics**, v. 21, n. 1, p. 1–19, 2008.

MERZ, E. C. et al. Educational attainment polygenic scores, socioeconomic factors, and cortical structure in children and adolescents. **Human Brain Mapping**, v. 43, n. 16, p. 4886–4900, 2022.

MINCER, J. Investment in human capital and personal income distribution. **Journal of Political Economy**, v. 66, n. 4, p. 281-302, 1958.

NYBOM, M.; STUHLER, J. Interpreting trends in intergenerational mobility. **Journal of Political Economy**, v. 132, n. 8, p. 2531-2570, 2024.

OECD. **Shaping digital education**: enabling factors for quality, equity and efficiency. Paris: OECD Publishing, 2023.

PATRINOS, H. A. The changing pattern of returns to education: What impact will this have on inequality? **World Bank Policy Research Working Paper**, n. 8866, 2019.

PSACHAROPOULOS, G.; PATRINOS, H. A. Returns to investment in education: A decennial review. **Education Economics**, v. 26, n. 5, p. 445–458, 2018.

REES-JONES, A.; SHORRER, R. Behavioral economics in education market design: A forward-looking review. **Journal of Political Economy Microeconomics**, v. 1, n. 3, p. 557–613, 2023.

REICH, M.; GORDON, D. M.; EDWARDS, R. C. A theory of labor market segmentation. **American Economic Review**, v. 63, n. 2, p. 359-365, 1973.

ROMER, P. M. Increasing returns and long-run growth. **Journal of Political Economy**, v. 94, n. 5, p. 1002-1037, 1986.

RUSTICHINI, A. et al. Educational attainment and intergenerational mobility: A polygenic score analysis. **Journal of Political Economy**, v. 131, n. 10, p. 2724-2779, 2023.

SCHLOTTER, M.; SCHWERDT, G.; WOESSMANN, L. Econometric methods for causal evaluation of education policies and practices: A non-technical guide. **Education Economics**, v. 19, n. 2, p. 109-137, 2011.

SCHULTZ, T. W. Investment in human capital. **American Economic Review**, v. 51, n. 1, p. 1-17, 1961.

SMITH, J. Treatment effect heterogeneity. **Evaluation Review**, v. 46, n. 5, p. 652-677, 2022.

SPENCE, A. M. Job market signaling. **Quarterly Journal of Economics**, v. 87, n. 3, p. 355–374, 1973.

TAN, E. Human capital theory: A holistic criticism. **Review of Educational Research**, v. 84, n. 3, p. 411-445, 2014.

THUROW, L. **Education and economic equality**. New York: Public Interest, 1972.

WERNER, K.; WOESSMANN, L. The legacy of COVID-19 in education. **Economic Policy**, v. 38, n. 115, p. 609-668, 2023.

Álvaro Choi es Profesor Asociado en la Universidad de Barcelona e investigador del Grupo Interdisciplinario de Políticas Educativas (GIPE-IGEP). Sus principales campos de investigación están relacionados con la economía de la educación, la economía pública y la evaluación de políticas públicas. Ha participado en la evaluación de diversas políticas educativas. Ha trabajado intensamente con evaluaciones internacionales a gran escala y es fellow Thomas J. Alexander de la OCDE.
ORCID: https://orcid.org/0000-0003-3394-0181
E-mail: alvarochoi@ub.edu

Recibido el 11 de febrero de 2025
Aprobado el 18 de marzo de 2026

Editora responsable: Theresa Adrião